

# TRATAMIENTOS DEL CUERPO EN NUESTRA ÉPOCA Y EN EL PSICOANÁLISIS

29  
JUNIO-03  
JULIO

2022

Paseo La Plaza - CABA  
Av. Corrientes 1660

Buenos Aires  
Argentina

## **Todo cuerpo es político**

Leonardo Leibson

La práctica psicoanalítica no es una técnica corporal. Sin embargo, la escena analítica incluye cuerpos. En plural. El de quien se analiza. Y el de quien sostiene el lugar del analista.

Se trata de los cuerpos que el psicoanálisis pone en escena a partir del descubrimiento freudiano de que hay cuerpos que no conocen de anatomía. Son aquellos que, a su vez, la medicina desconoce.

Esto, desde ese momento, implica revelar y establecer una política de los cuerpos, e incluir a los cuerpos como hechos de lenguaje. O sea, como hechos políticos. Cada cuerpo se cuenta de a uno pero el cuerpo no es uno ni solo. Porque cada cuerpo se extiende en varias dimensiones.

Para Freud, el cuerpo se produce en el juego fragmentado y danzante de los movimientos pulsionales. Ahí encuentra ritmo, tensión, relajación. Placer, displacer y el margen para un más allá del principio del placer. Hay cuerpo en el síntoma -también en la angustia- donde Freud supo leer modos de satisfacción. Hay cuerpo a partir del acto que engendra al narcisismo y su yo. La majestad del niño, ideal de ideales, repitiendo los sueños regios de sus progenitores.

Hay cuerpos en Lacan. El que arriesga aprehender, a partir de lo que le enseñan sus psicóticos, en el espejo fundacional. El que conjuga la imagen de otro con el Otro que sostiene y asiente.

Ese Otro que, dirá Lacan, es el cuerpo: lugar de la marca, pura presencia de cuerpo animal trabajado por la inscripción que recorta, escande, puntúa. El cuerpo como superficie de escritura.

Hay cuerpo en Lacan cuando afirma que “no hay goce que no sea del cuerpo” y lo postula como “un nuevo principio (1)”. Despliega así la dialéctica en la que se trenzan el cuerpo, el

goce, el sujeto y el objeto caído, añico del cuerpo: en las juntas disjuntas entre cuerpo y goce, cuerpo y sujeto se segregan mutuamente, se articulan desparejamente.

Lacan va trenzando, a partir del cuerpo freudiano, aquel que, en el choque, siempre traumático, entre lo viviente y el lenguaje, se erige como una vida investida por la lengua. Cuerpo sostenido por el “corte que preside su desmontaje” a la vez que imagen vívida que se esmera en sostener una eternidad de fotografía que lo imprevisto del desfallecimiento sintomático desmiente a cada paso. “Goce corporeizado por el significante (2)”, otro modo de danza.

Podemos postular a partir de esto que hay dos “corrientes” automáticas: el lenguaje y el goce. “Máquinas” que, a pesar de todo, no son homeostáticas: no saben guardar un equilibrio, ni siquiera apuntar a él. Se mueven en el mar de la no proporción, del desajuste y el malentendido.

Estas dos máquinas se arrinconan recíprocamente en su improporción, arruinando cada una lo mecánico de la otra. El lenguaje, engendrando un goce que le resultará extranjero sin remedio. El goce, encontrando su tope en el rechazo del lenguaje. De ese desencuentro deriva el único tratamiento posible que lo mortifica sin pretender abolirlo -o sea, sin acrecentarlo.

Porque el goce requiere un tratamiento. De nos ser así, como enseña Lacan con su mito de la laminilla, resta como puro instinto de vida irrefrenable, por lo tanto mortífero. El goce librado a su suerte es incompatible con la vida, arrasa con ella. El tratamiento del goce sólo puede ser por eso que lo engendra y a la vez le pone tope: el significante. Y su ley: el malentendido.

Porque no hay tratamiento del goce por el entendimiento. Tampoco por lo disciplinario. Esas técnicas que existen desde la noche de los tiempos, fracasando una y otra vez pero persistiendo en ideales morales y religiosos en todos los tiempos y latitudes, bajo los ropajes más diversos que sin embargo disimulan mal la imposibilidad de “acotar el goce”. Porque cuanto más se lo acota, más se difunde. Generando el goce de acotar el goce, y así sucesivamente.

Esta es una forma de la política sobre los cuerpos, la que sostiene, en nuestros días, el sistema capitalista y el discurso que lo sostiene. También la que pretende dominar mediante el “imperialismo de la biología”, para usar una lograda expresión de Colette Soler.

Este es el cuerpo que el discurso capitalista sostiene como máquina productora de construcción o de destrucción (del obrero al soldado modernos cada vez hay menos distancia). O máquina consumidora de goces que se prometen eternos y universales. Una máquina utilitaria que las políticas de estado se encargan de desnudar para mantener “saludables” hasta la última gota de sangre.

El análisis encuentra y propone un tratamiento por el lenguaje del goce sintomático, en tanto la función del analista hace lugar a una dimensión del lenguaje que escapa, aun por poco, al imperio del significado. Operando según la ley del significante que opera con el

malentendido, amparando un significante que no significa nada y que deja pasar el sentido como dirección y movimiento. Esto implica otra política del cuerpo desde el reconocimiento de que todo cuerpo es político.

El gesto freudiano y los esfuerzos de formalización lacanianos oponen a la máquina utilitaria (cercana a la “vida desnuda” que plantea G. Agamben) el manifiesto del síntoma y la cura por la palabra en transferencia. Señalando que el síntoma porta una verdad que engendra un campo de goce que no admite acotamiento sino tratamiento, que no exige explicación sino despliegue, que no aspira a un bienestar idiotizado sino a la interpretación que puede recortar una causa deseable.

Cuerpos que vienen a nuestras consultas, aun cuando estas se den a través de pantallas o micrófonos parlantes. Cuerpos que muchas veces han sido violentados al haber sido ignorados como cuerpos y sólo tomados como pedazos de carne, cuerpos que acompañan las peores catástrofes subjetivas. Porque si el cuerpo es tomado como mera carne, el daño es inminente. Dado que, siguiendo la lección de Antígona, un cuerpo, aún el de un muerto, no es carroña y requiere el tratamiento que merece. No dársele es una falta que no se puede soportar.

Todo cuerpo es político porque algo en el cuerpo resiste aún cuando el sujeto ha sido doblegado y su palabra obturada. Cuerpo político porque soporta lo que nos inviste para que no quedemos reducidos a vidas desnudas condenadas al sacrificio.

El psicoanálisis, su práctica, su artefacto, es darle al cuerpo del síntoma el tratamiento digno que hace lugar al duelo y al deseo. Sostener esta política puede ir en contra de las leyes de la ciudad. Eso hace a nuestra ética y nuestra política.

Marzo/2022

1 Lacan, J. (1966-67) Seminario 14 “La lógica del fantasma”, inédito.

2 Lacan, J. (1972-73), El Seminario, Libro 20, Aun. Buenos Aires, Paidós, 1981